

Monzón sobre Bombay

Miguel Aranguren

“(...)

En la cuna del hambre
mi niño estaba.

Con sangre de cebolla
se amamantaba.

(...)”

(Miguel Hernández, “Nanas de la cebolla”.

Poemas últimos)

I

Isabel había leído en varias guías turísticas que el monzón se caracteriza por sus lluvias recurrentes: todos los días, casi a la misma hora, se rajan las nubes para descargar unas primeras gotas que parecen de litro y sacuden el polvo del camino al chocar contra la tierra. El cielo se apaga, la luz se hace todavía más cenicienta y la gente mira de reojo a las alturas antes de que se desmorone una cascada de lluvia. Desde el oeste la neblina se comprime anunciando el temporal, que suele venir acompañado de un viento oceánico.

Con el monzón, el tráfico de Bombay, denso de por sí, se convierte en una masa apelmazada de bocinas y hierro. Ni siquiera la policía es capaz de hacerlo avanzar, y los coches, las motos, los taxis, los autobuses de dos o una planta, los *rickshaws*, las bicicletas, los carros empujados por bueyes, elefantes e incluso por hombres que trabajan como animales de tiro soportan impasibles la tormenta.

A veces llueve con tal rabia sobre Bombay, que las alcantarillas se desbordan y el agua empantana la carretera, y desde la carretera cae -sucia y aceitada- hasta ciertas marismas entre los puentes de la ciudad, allí donde la gente bebe y lava la ropa.

Sobre las marismas, la fuerza de la riada desplaza las piedras que sirven como base para las vías del tren, y las locomotoras se ven obligadas a suspender sus trayectos. Los viajeros -¡miles de viajeros!- se bajan de los vagones sin protestar y prosiguen el viaje a pie hasta sus casas. Los más afortunados se protegen con un paraguas que de cuando en cuando desbarata

el viento, pero de poco les sirve, pues la lluvia golpea por todos los rincones, como si también brotara del suelo.

Miles de hombres y mujeres, oscuros por la poca luz y no sólo por el color de su piel, caminan bajo la tempestad. Ellos con los pantalones empapados, los turbantes pegados a la cabeza, las camisas de algodón amoldadas al torso o con el torso desnudo y la espalda brillante y elástica, como si fuese de cuero curtido. Ellas siempre dignas a pesar de la pobreza, con el contorno del cuerpo dibujado en la seda que se adhiere a su piel.

Isabel desplegó el paraguas y apretó el paso. Sus pies, envueltos en puntos de sudor, agradecieron el contacto con el agua, que formó una cortina hasta ocultar de su vista las chabolas más cercanas del *slum*. La lluvia producía un ruido seco sobre la tela impermeable de su quitasol y un rugido enrabiado en los techos de calamina de la barriada. Los niños disfrutaban con la ofrenda del cielo, que de mayo a octubre vacía diariamente sobre la ciudad inmensas proporciones del Mar de Arabia.

El agua es necesaria en los asolados campos del Gujarat y Maharashtra para fertilizar los cultivos de coco y algodón, de arroz y otros cereales. También para alimentar los lechos de los ríos y revitalizar sus corrientes hasta entonces secas; para reverdecer las llanuras que se extienden hasta el Ganges; para resucitar los ganados huesudos de cabras, búfalos y vacas; para limpiar el plumaje terroso de los patos; para que eclosionen los huevos de los reptiles y los insectos y para gloria del resto de los animales del panteón hindú. Pero la lluvia trae las epidemias a la gran ciudad, donde el alcantarillado forma parte de

las prebendas que sólo disfrutaban las clases altas. Cólera, disentería y todo tipo de pestes aguardan el monzón para expandirse como sólo se expanden los virus y los hongos por los vasos comunicantes de una ciudad pobre y embalsada.

La primera mañana después de su vuelo desde España, Isabel se puso calcetines y zapatos cerrados, pero no aguantó el calor tórrido y húmedo ni siquiera diez minutos y, antes de abandonar su habitación, se calzó las sandalias de plástico que por carta le habían recomendado añadir a su equipaje. Ahora notaba cierto alivio al contacto con el lodo que le refrescaba la piel.

Durante la primera visita que realizó al *slum*, puso toda su destreza en pisar sobre firme, no se fuera a cortar con un cristal o con cualquier otra porquería enterrada en el suelo. Pero el intento fue inútil, pues no podía conquistar a aquella gente con su torpe caminar de funámbulo. Descubrió, además, que no toda la barriada estaba en tan malas condiciones, pues aquel *slum* al que había venido a vivir era una ciudad dentro de otra ciudad, con sus zonas de mayor y menor categoría, donde aquellos que tenían la suerte de contar con un empleo (maestros, tenderos, artesanos, conductores de autobús y taxi, propietarios de cantina y policías) disfrutaban de pequeñas habitaciones de cemento dotadas de luz eléctrica y agua corriente.

Isabel había tenido ocasión de conocer aquellas calles enlosadas y a sus orgullosos inquilinos, cuyas casas sólo tenían espacio suficiente para una cama en la que dormía la familia al completo, un armario en el que guardaban el lujo de la ropa distinta a la de todos los días y un fregadero con un hornillo

para cocinar *chapati* y arroz, alimentos básicos y repetidos en la cocina indostaní. El retrete era común para varias manzanas, otro lujo de los habitantes de la zona noble del *slum*, pues los que viven en construcciones fabricadas con desechos utilizan la calle para cumplir con la naturaleza: las mujeres de noche por salvar su pudor, los hombres a primera hora de la mañana y los niños en cualquier momento, sin ningún tipo de recelo a las miradas ajenas.

Los que no tenían empleo y aquellos que mal sobrevivían con el salario exiguo que corresponde a las castas más bajas y a los intocables (dedicados a la limpieza de lavabos públicos, al pastoreo de cabras entre el asfalto, al porte manual de pesadísimos carros, al manejo de los muertos en las piras funerarias, a la mendicidad y a la prostitución) se escondían como conejos en sus huras, dentro de una amalgama de chabolas que carecían de luz eléctrica, agua corriente y sanitarios. Fueron levantadas sin orden urbanístico, sobre el barro y la basura, y crecían día a día, apretadas las unas contra las otras como un tumor maligno.

II

Isabel se fijó en una niña sentada a la puerta de su barraca: buscaba piojos en la melena de su madre. Los niños más pequeños solían llevar la cabeza afeitada y vivían casi desnudos entre la inmundicia, con un cordel anudado a la cintura como única protección supersticiosa y una argamasa negra alrededor de los ojos como colirio contra las picaduras de los insectos. Casi todos tenían la piel moteada de irritaciones y sarpullidos provocados por la falta de higiene y la contaminación.

<<¡Qué mejor ocasión que esta ducha natural para enjabonar a los pequeños>>, pensó la misionera con una sonrisa.

Las madres ponían todo el empeño en borrar la suciedad de los niños al aire libre. Mientras restregaban sus cuerpos, la espuma se les rizaba entre las manos. Con la chanza del agua, los niños correteaban a descubierto y las mujeres sacaban de sus chamizos cualquier balde que pudiese recoger agua limpia, bien escaso en el *slum*.

Mientras los cuencos almacenaban la lluvia, los *saris* mojados marcaban la delgadez extrema de las habitantes de la barriada. En cuclillas -las posaderas en suspensión, los pies separados y los brazos extendidos sobre las rodillas como contrapeso-, dejaban por un instante de frotar a los niños o de trajinar con los cántaros, y miraban a la extranjera con curiosidad. Una abuela estrujó una prenda de la que manaron chorros oscuros; después la golpeó contra el suelo, con intención de limpiarla sin hacer gasto de jabón.

Había llegado también el momento del aseo de los hombres que no se habían marchado al centro de la ciudad en busca de un empleo. Llevaban

ceñido a la cintura el *lungi*, que a modo de falda les tapa desde la cintura hasta la mitad de los muslos. Conversaban entre sí mientras se acicalaban. De vez en cuando introducían la mano dentro de una palangana y se la llevaban a la boca para refrescarse. Después escupían junto a los rastros bermejos del *betel*, una hoja amarga que chupan como narcótico.

Isabel llevaba pocas semanas en Bombay y aún no se encontraba cómoda mientras caminaba sola entre aquella gente. No por la diferencia del idioma o por el color de la piel, que sin duda marcan la primera distancia, sino por los ropajes fogosos de las mujeres pobres y los faldones que lucían algunos hombres, por los pies descalzos de casi todos los habitantes del *slum* y por sus viviendas miserables. A fin de cuentas, en lo único que ella había cambiado su vestido con respecto a España era en el tono. Ahora utilizaba un hábito blanco porque no se sentía preparada para vestir a la usanza de aquel pueblo, como hacían algunas de sus compañeras en un esfuerzo de integración. Y, aunque era consciente de que había elegido compartir la pobreza de los más pobres, sus pies estaban protegidos por las sandalias.

El calor se le pegaba al cuerpo como si estuviese envuelta en plástico y hasta se le hacían ronchones en las axilas y entre las piernas con el roce de la piel. Nunca hasta su llegada a la India había sufrido a causa de hongos corporales, mas ahora, todas las noches tenía que extenderse una pomada entre los dedos de los pies. Eso sí, para dormir conectaba un ventilador eléctrico y no precisaba entonces de las toallitas refrescantes que le acompañaban durante la jornada, pues los golpes sistemáticos de las aspas del techo producían el aire necesario para ayudarle a conciliar el sueño.

No tenía su misión el confort de un gran hotel, lo reconocía, pero era un hogar acogedor, con una nevera donde conservaban agua hervida lista para beber en cualquier instante y con fruta para recuperar las fuerzas, con los suelos limpios y un aseo individual para cada hermana.

Isabel se fijó en la endeble construcción de las chabolas apiñadas sobre los barrizales. Habían sido levantadas con material de desperdicio: trozos de tela, cartones reblandecidos por el agua, chapas robadas en alguna construcción, piedras que sujetan al suelo las estructuras, plásticos, maderas..., nada que aparentase resistir la tormenta estacional. La primera vez que se asomó a una de aquellas chozas sintió un latigazo en los pulmones. El oxígeno estaba usado, denso. Aquel interior sin luz era un horno para una familia numerosa. Sin camas, los niños dormitaban sobre el suelo protegidos de la humedad por un saco de arpillera que en su día contuvo cemento. El hombre y la mujer tenían otro saco extendido sobre el firme, junto al de sus hijos, y allí, en aquella barraca que parecía no servir ni para perrera, el matrimonio pasaba las horas: dormía, hacía el amor, se acicalaba y ella paría, pues tres de sus cinco hijos habían venido al mundo en el *slum*.

Saludó a los niños que correteaban bajo la tormenta agitando la mano que no sujetaba el paraguas. Llevaba la falda salpicada de barro, empapada hasta más arriba de las rodillas. Una bandada de cuervos se había posado al otro lado de la calle, sobre un sumidero donde los habitantes de aquella parte del *slum* cumplen con las exigencias de la naturaleza. El hedor era insoportable, pero apenas se le notó que le disgustaba; la madre Esperanza le había recomendado que no se tapase la nariz ni frunciera el ceño al sentir la

fetidez, pues los vecinos estaban obligados a convivir con la peste de aquella agua negra que se perdía dentro de una gran tubería.

Los pequeños gritaron de inmediato, <<*¡sister !, ¡sister !*>>, y correspondieron al saludo aprensivo de la muchacha con una sonrisa generosa.

-¿No tienes una galleta? -preguntó una chiquilla que se le acercó.

-No –Isabel le acarició la frente-. Aún no es el momento de la merienda. Vente al palacio en cuanto escuches la campana.

Una mujer que lavaba a su bebé inclinó la cabeza a su paso en señal de respeto, juntando las palmas de las manos debajo de la barbilla. Isabel también hizo un ademán de saludo, pero no podía ponerse a charlar: llevaba mucha prisa.

Eran los habitantes del colector los últimos que habían llegado al arrabal. Se habían instalado en un lugar que no quería nadie, presionados por la imposibilidad de encontrar otro espacio donde levantar sus chabolas. La ciudad experimentaba un crecimiento desmedido que Isabel sufría cada vez que viajaba en el tren de cercanías hasta el centro de Bombay. Cuando la locomotora irrumpía en la estación del *slum*, los viajeros de la plataforma se abalanzaban a empujones contra los vagones para no quedarse en tierra. Pero el tren ya llegaba repleto, con algunos pasajeros haciendo equilibrio por fuera de las puertas, como racimos de uvas.

<<Esperaré al siguiente>>, se dijo la primera vez, con sus pertenencias bien amarradas para que nadie pudiera aprovecharse del tumulto. Pero en los diez minutos que tardó en aparecer el nuevo tren, la plataforma se había llenado de nuevo.

Una variopinta multitud de familias emigradas desde el campo habitaba el colector: componían una mixtura de religiones y costumbres, como es habitual en la mayor parte de la ciudad, donde cristianos del sur, musulmanes del norte, jainistas, budistas, hindúes, parsis y sijs llegados desde toda la península, y animistas de las tribus originarias de la India, transforman cada metro cuadrado en una explosión de espiritualidad y mundanidad.

Si los vagabundos eran capaces de levantar en poco tiempo una colonia menesterosa como la del sumidero, no les andaban a la zaga quienes construían templos para aquel cóctel de creencias. Así, mientras Isabel surcaba las últimas callejas de la cloaca, los altavoces de una pequeña mezquita recordaron a los fieles del Corán, por tercera vez en el día, que había llegado el momento de la oración. Al mismo tiempo un *sadhu* lustraba un templete en honor a Ganesha, el dios elefante propiciador de la fortuna.

Sin embargo, los responsables del colector no habían ofrecido las mismas facilidades para el templo católico. Desde hacía cuatro, años *father* Peter, el sacerdote que atendía la misión, solicitaba al ayuntamiento un terreno donde levantar una iglesia en honor a san Francisco de Asís, intercesor de los pobres. Cuando lograba sumar la cantidad de dinero que le requería la municipalidad, ésta revalorizaba la parcela hasta cuatro veces su precio, imposibilitando la operación. A pesar de las dificultades, aquel goés de piel oscura celebraba al atardecer una misa al aire libre para los católicos, que se reunían junto a las tuberías que suministran agua corriente a la zona norte de Bombay. Aquellos inmensos cilindros cubiertos de pasquines se convertían, por unos minutos, en lugar sagrado. Isabel, como responsable de la catequesis en el *slum*, participaba en la celebración junto a otras monjas del palacio.

El gobierno de la India, de corte nacionalista, dispensaba un pequeño subsidio a los pobres que se inscribían en el censo, salvo a los cristianos, discriminados a causa de su fe. Sólo con la ayuda de las parroquias de las barriadas más prósperas, los del colector resistían las acometidas de la miseria.

Bajo los soportes de las tuberías se acomodaban unas cuantas familias de mendigos. Durante la jornada salían a los semáforos a pedir las *paisas* que les sobraban a los conductores. Su regreso coincidía con el final de la celebración de la misa. Los días de fiesta litúrgica, *father* Peter les entregaba la colecta, pues ni siquiera tenían un techo que les resguardara de la intemperie. Parecían encarnaciones de la muerte: deshuesados, envueltos en harapos descoloridos con los que se camuflaban en los vertederos, donde las mujeres y los más pequeños disputaban con aves y perros los despojos que llegan desde los hospitales. Entre ellos había algún que otro enfermo de lepra, que reclamaba el auxilio de las monjas para que le ayudasen a vendar sus manos llagadas. Isabel acompañaba en esa operación a la hermana Izaskun, que era médico. Vasca, de carácter seco, solía tratarles con energía. Al apretarles los apósitos les recriminaba que las pocas monedas que traían en sus latas de aluminio las gastasen en botellas de licor. Pero los leprosos no la escuchaban; sólo prestaban atención a la bebida que iban a descorchar apenas las hermanas concluyeran la cura.

-Son tan desgraciados -le había confiado Izaskun a Isabel- que se emborrachan para olvidar. Saben que la bebida les acelera la muerte, pues toman alcohol fermentado con porquerías. Lo más triste son las mujeres;

míralas -dos enfermas apuraban el contenido de una botella. Tenían el rostro deformado y les faltaba la nariz-. Nadie en el barrio se atreve a tocarlas porque están podridas.

-Pobrecitas... -suspiró Isabel.

-Beodas, se emparejan con cualquiera de los leprosos que hemos sanado, y a los nueve meses dan a luz unos niños preciosos que abandonan a la puerta del palacio.

Una de las mujeres eructó. Estaba tumbada en el suelo y los pómulos, amarillentos, le sobresalían marcándole las cuencas de los ojos. Podía adivinarse que el *sari* que vestía había sido blanco en algún momento. Con él se cubría parte de la cabeza, con la intención de ocultar sus imperfecciones.

III

La tarde anterior, *father* Peter habló a los parroquianos durante el sermón de la obligación de compartir.

<<Compartir... ¿qué?>>, se preguntó Isabel mientras le escuchaba, observando de refilón las pobres estampas de quienes atendían la misa.

Le vino a la cabeza un cuento que escuchó de niña, en el que dos hermanos gitanos salieron a la calle para mendigar algo que echarse al estómago. El mayor consiguió una botella de leche y llamó al chiquito para compartirla, dejándole que bebiera a placer. El niño tragaba con ansiedad, escurriéndosele la leche por la barbilla. “Ahora me toca a mí”, le avisaba el hermano. Pero cuando llegaba su turno sólo daba un buchito corto para que todo le quedase al pequeño. Con la intención de que su hermanito no se diera cuenta, aparentaba beber con el mismo celo. “¡Para ya!”, le gritaba el niño, alzando los brazos para alcanzar la botella, “¡que me dejas sin *na!*”. Entonces se la pasaba de nuevo y contemplaba cómo tragaba y tragaba la leche y, al llegar de nuevo su vez, tomaba un nuevo buchito al tiempo que disimulaba un gran sorbo, porque tenía pena del chico, que había pasado la noche lloriqueando de hambre.

<<Pensé que quienes no poseen nada no tienen qué compartir, pero ellos me han enseñado que hasta la misma nada puede darse a los demás>>, escribió Isabel por la noche a su hermana Menchu. <<*Father* Peter me presentó anoche a una madre soltera que guarda en su chabola los libros y los ornamentos para la misa. Se llama Pinki y tiene dos hijos en edad escolar. Por limpiar los ornamentos recibe una gratificación de cien rupias al mes, que en

España no te servirían ni para ir al cine. El cura le ha conseguido un empleo como cuidadora de los hijos de una católica de Bandra, una barriada al oeste en la que habita gente adinerada de Goa, con el que refuerza su sueldo con otras trescientas rupias. Cuando, el año pasado, Pinki se enteró de que una familia de las tuberías había muerto de cólera, se hizo cargo de una recién nacida que se libró de la enfermedad. La ha censado como si fuera hija suya. Ayer me aseguró que no podría desprenderse de ella>>.

A pesar de los esfuerzos del cura para que hindúes y musulmanes aceptaran a los cristianos, los habitantes del colector mostraban recelo hacia esa comunidad que se prestaba las cosas y recibía ayuda de las monjas *foreigners*, como llaman en Bombay a las religiosas blancas. Les costaba entender que Isabel, por ejemplo, joven y hermosa, no fuera una turista más de las que se alojan en el hotel Taj Mahal, fabuloso edificio victoriano frente a la Puerta de la India y al mar de Arabia, donde cada habitación tiene compuertas de hierro que escupen aire helado, y dormir una noche, ¡sólo una noche!, cuesta tanto dinero como el que puede juntar en dos años un conductor de *rickshaw*. Para ellos, los ojos azules de la monja, su tez pálida y el cabello castaño que asomaba por debajo de su toca no podían refugiarse en el *slum*, sino en las calles de lujosas tiendas.

Los cristianos del *slum*, además, nunca participaban en las habituales trifulcas entre hindúes y musulmanes, que irremediablemente terminaban en salvajes baños de sangre.

La tercera noche que Isabel pasó en el palacio, se despertó a causa de un griterío. El reloj marcaba las dos de la mañana cuando una multitud

enfurecida ocultó con sus voces el rumor de la ciudad. La monja saltó de la cama y por primera vez sintió frío, pues tuvo la impresión de que una horda había entrado en el jardín de la casa con malas intenciones.

<<No tenemos seguridad en este convento, nadie nos protege>>, pensó aterrizada.

Pero al asomarse a la ventana descubrió que el gentío estaba arremolinado fuera del palacio, alrededor de una de las chabolas del camino. Alguien abrió la puerta de su habitación.

-¿Qué ocurre? -preguntó la madre Esperanza con tono angustiado.

-No lo sé -contestó Isabel, confundida al ver en camisón a la anciana-. Ahí fuera tenemos una multitud enloquecida. Pretenden derrumbar una casa a la entrada del palacio; acérquese y verá.

Detrás de Esperanza habían ido apareciendo otras monjas y buena parte de las postulantes, todas muy asustadas.

-Vas, vas, vas... -murmuró en hindi, sacudiendo la mano para impartir confianza-. A nosotras no nos va a ocurrir nada. Esos vienen a vengarse en algún musulmán, por lo de la mezquita.

Esperanza se refería a los sucesos acontecidos en la ciudad de Ayodhya, donde los hindúes viscerales habían apuntalado a la fuerza los edificios de la mezquita con la excusa de una antigua tradición, según la cual el dios Rama había nacido en el mismo emplazamiento en el que se levantaba el minarete del templo musulmán, lugar profanado por un emperador mogol durante el siglo XVI, que levantó su construcción oriental sobre la representación politeísta en su afán de extender la verdad del dios único.

Con un claro sentimiento de revancha por la independencia de Pakistán, hacía unos meses que los extremistas hindúes alimentaban el odio de la sociedad mayoritaria hacia los fieles de Alá, unos cien millones de creyentes. La cizaña no sólo se había extendido entre las altas esferas de Bombay; también en los *slums* la convivencia pacífica -asentada sobre una tolerancia forzada por la inmigración- se truncaba cada vez que unas manos anónimas degollaban un cerdo al cobijo de la noche frente a las viviendas de los mahometanos u otras manos sacrificaban una vaca, esparciendo sus restos por una calleja hindú. La respuesta de los agraviados no se hacía esperar: a la noche siguiente corría el alcohol antes de que estallase la masacre. Por debajo de los catres se iluminaban con un blanco helado las hojas de los machetes. Vecino contra vecino, compañero de dificultades y desdichas contra compañero, la aversión inundaba las calles como río fuera de cauce. En pocas horas, la sangre vertida de los animales se mezclaba con la de hombres, mujeres y niños.